

el fogón de la peonada



Los hijos del hacendado

—6—

/ Miguel Salguero

Durante siete años habíamos sido hijos de un peón. De repente cambió el asunto. O creíamos nosotros, en la imaginación infantil, que había cambiado.

Ser hijo de peón es heredar muchas cosas. Una estera, un fogón, un piso de tierra y un techo. Poco quizás, pero que conforta. Lo del trabajo es algo innato, y no se toma como herencia sino como deber y orgullo. Levantadas a las cinco de la mañana para llegar al Corral al cacho de las seis. Decir presente ante el mandador; echarse la pala al hombro o el machete bajo el brazo y caminar hacia el "corte" que le señalan. Pero como no ha habido tiempo de levantarse a las ocho de la mañana, ni de dormir en colchones, ni de comer carne todos los días, pues aquello —el chiste rutinario, las paleas, el almuerzo a las nueve y media y el descanso a partir de las dos— es lo mejor que puede tener un peón. O un hijo de peón, que para eso ha dejado la escuela al tercer grado con el propósito de seguir las huellas y aprender a hacerse hombrécito.

El abuelo Juan Pedro, con su renquera y sus mañitas, no tenía que doblarse ante el surco. Para arriba y para abajo, todo el día en su tarea de ver las peonadas. Buen modo, con la sabiduría de los años, todo el mundo hablaba bien de Juan Pedro. Donde le cogía el sueño, allí tiraba su chaqueta y descabezaba un peloncito. Para algo era el mandador. Los patrones lo querían; además, proveía una media docena de peones: sus hijos.

De tal manera que por tradición, los Díaz y los Zúñiga tenían su herencia asegurada de techo, leña, plátanos y una gran finca para andar como Pedro por su casa.

A veces hubo alguna pequeña inquietud, alguna protesta pacífica. Como la vez que el patrón llegó y les dijo que, hombre ya que trabajan con él, pues debían corresponder a la confianza y votar por don Fulano —el patricio— para Presidente. Ah no, le respondió don Nando, yo le trabajo a usted y usted me paga lo que me gano. Pero nada más. En lo otro, en eso de votar por el que usted quiere, ahí sí que no. Tonto, le dijeron unos amigos, si de por sí cualquiera que llegue a la presidencia da lo mismo.

Quizás pensando en eso los amigos aceptaron las camisas negras que un partido anduvo regalando. Y un peón por ahí recibió cien colones para dar el voto. Se compraban los votos y —como lo mismo da Chana que Juana— pues bienvenida era la platita. Pero don Nando tenía su carácter. Así, sucedió una vez que el patrón la noche del 24 de diciembre lo mandó desde la casa de San José, que estaba enfrente a la actual parada de buses, con un caballo de diestro hasta el Salitral. "Andáte y no te montés porque es un caballo fino". Y para obligarlo a obedecer le pusieron tiza a la montura. Pero de camino se acordó que era el día del Niño, el día que vino al mundo Jesucristo para predicar igualdad, y entonces tiró al Tiribí la orden y se montó. En Desamparados pasó a donde Picheles y se llevó una media de guaro en la bolsa. Bueno, se dijo, si no le gusta a Rosini, pues que me corte el rabo. Yo no nací pegado a esa hacienda ni le debo nada al Diablo.

Cuando vivíamos en la Casa Grande llegaban los hijos del patrón. Dos muchachos altos blancos y medio alocaídos. Llevaban un rifle y se iban a practicar tiro al blanco con las chiras de los plátanos. A veces montaban a caballo; a veces le echaban una mirada a las cogidas de café. Entonces mientras andábamos correteando por la Casa Grande nos sentíamos como de la familia. Nos sentimos así de grandes. A pesar del fantasma del doctor Castro, que compartía con nosotros la nueva vida. Porque don Nando fue nombrado administrador.